

CUENTO N°110

TÍTULO: LA BATALLA DE LAS DUCHAS

SEUDÓNIMO: TATA JUAN ALFREDO

AUTOR: ALFREDO JUAN THUMALA JAAR

LA BATALLA DE LAS DUCHAS

Guille y sus amigos Willy, Carlitos y Nelson, todos del mismo barrio y con edades similares, en el verano caminaban cuatro kilómetros tres veces a la semana hasta la piscina municipal, gratuita para los residentes menores de dieciséis años. Frecuentemente, el regreso a casa también lo hacían caminando, porque el dinero destinado para la locomoción colectiva lo gastaban en marraquetas crujientes y calientitas que compraban en “La Selecta”, una excelente panadería cercana a la piscina. Los amigos aseguran que nunca una marraqueta sobrevivió más allá de las primeras dos cuadras del camino de vuelta a casa.

Les gustaba tirarse al agua en piquero o bombitas y cada vez nadaban mejor, pero el mayor placer no lo encontraban en el agua de la piscina repleta de bañistas, sino en las duchas instaladas en los camarines. Ninguno de los cuatro amigos tenía agua caliente en su casa y aprovechaban las idas a la piscina para gozar el chorro acariciador que salía de las cinco duchas instaladas en los baños de varones. No eran los únicos que disfrutaban las delicias del agua caliente. Conseguir una de las duchas era difícil y no pocas veces, habían regresado a sus casas con la frustración de no haber podido ocupar alguna.

Decididos a asegurar el uso de las duchas en cada ida a la piscina, idearon un plan sencillísimo y fácil de ejecutar. Montaban guardia en el sector de las duchas y al desocuparse una, la invadían y no la soltaban durante todo el tiempo que estaban en el recinto municipal. Dos se bañaban en la piscina durante un tiempo

previamente acordado y dos en una ducha con agua caliente. Terminado el tiempo, rotaban. Los dos de la piscina ocupaban la ducha y los que gozaban del agua caliente volvían a la piscina y así continuaban hasta que regresaban a sus casas.

Esta estrategia la cumplieron exitosamente durante cinco semanas sin ningún problema hasta que Carlitos, siempre buen observador, notó que un niño más pequeño que ellos, morenito, paliducho y desnutrido, con piernas flacuchentas y arqueadas, seguía de cerca la rotación de los cuatro amigos entre la frescura de la piscina y el calor de las duchas. Acicateados por la curiosidad le preguntaron por qué los seguía a escondidas. Miguelito, así se llama el niño, respondió que había descubierto la rutina para no soltar la ducha caliente; que los admiraba y envidiaba, porque él venía a la piscina solo por la ducha y casi nunca lograba ocupar una. El muchachito creía inocentemente que el descubrimiento de la táctica empleada lo hacía merecedor de ingresar al grupo. Les comentó que era ventajoso para todos, porque entre cinco era menos probable que se descubriera la rotación y él ganaba al poder disfrutar el agua caliente que tanto anhelaba.

Los cuatro amigos escucharon a Miguelito con soberbia y displicencia y acordaron, sin ninguna explicación, no aceptarlo en el grupo y, además, lo amenazaron con darle una paliza si continuaba con el seguimiento. Miguelito no insistió en su pedido y triste y desilusionado se alejó del grupo.

La semana siguiente y mientras hacían la rotación habitual, apareció el administrador de la piscina quien les dijo que el juego se terminaba porque

estaban bloqueando el ingreso a las duchas. En castigo, les prohibió la entrada por el resto del año. Al retirarse, divisaron a Miguelito que, a prudente distancia, los miraba con una sonrisa que les pareció burlona.

Nelson, indignado, propuso darle una pateadura tan grande que la recordaría de por vida. Su propuesta fue apoyada por Willy y rechazada por Carlitos y Guille que opinaron que los que merecían ese castigo eran ellos mismos, por haber sido egoístas, prepotentes y poco solidarios.

Durante todo el trayecto de vuelta discutieron ambas posturas y llegaron al barrio sin ponerse de acuerdo. Al despedirse, se comprometieron a continuar la discusión al día siguiente, en la casa de Guille.

Dos días después aún no salía humo blanco, pero las dos posturas habían perdido la intransigencia y rigidez iniciales y se acercaban a un razonable consenso.